

F1233

S2

V. 2



FONDO EDITORIAL
VALVERDE Y TELLEZ

ES PROPIEDAD.
Queda hecho el depósito que
previene la ley.

Imprenta y Litografía de Henrich y C.^a - Barcelona, Calle de Córcega, 348



LA CORTE DE MAXIMILIANO

NUEVAS CONFESIONES DE UNA AFRANCESADA
(1868-1867)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

En Compiègne

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DESPERTÉ cuando el sol cubría con un manto de oro toda la estancia. Mecida por el dulce sopor que todavía me embargaba, no me dí cuenta del lugar ni de la hora, y apenas contemplé con los ojos entrecerrados los vidrios rojos que parecían transparentar un incendio, el jarrón de Sevres de color como de fuego hacia el asa, que se teñía de rosa cerca de la ninfa desnuda que se balanceaba cogida del extremo de una rama de hiedra; el rostro de un beduino, que lanzaba su mirada fosfórica á través del oro de un marco coruscante;

Tomo II.—2

000591

el reflejo que despedía un cristal herido por la luz y un resol que danzaba en el *plafond* pausada y suavemente, como si fuera la trama de una tela áurea que tejieran y destejieran dos mujeronas, una armada de casco y lanza, y la otra apoyada en un báculo, y que me miraban fijamente desde lo alto.

Me volví de costado y me arrebujé en las ropas con el placer con que me habría zambullido en un baño caliente y perfumado, y seguí un buen rato, no sé si despierta ó dormida, gozando de la beatitud de poder extenderme á mi sabor en un lecho blando y cómodo. No tardó en despertarme del todo, recordándome que pertenecía al mundo de los atareados, el ladrar insistente de un perrillo, que de seguro había quedado dentro de alguna estancia vecina. Apliqué el oído y subieron hasta mí, en los intervalos que dejaba el discorde latir del animalito, risas y voces que parecían empaparse en el chorro de una fuente que susurraba su canción monótona y cristalina; más lejos rompían el aire sonos de corneta que desgarraban el tímpano, y después, opacándolo todo — ladridos, gritos, risas, correr de agua y sonos de trompeta — el bramido de una locomotora que lanzó un lamento largo y hondo, luego un ronquido grave, después varios gritos como de queja, y al fin acezó lenta y uniformemente hasta que dejó de percibirse su nota igual y triste en lo más distante de una quiebra, que de seguro hacía el camino no lejos de allí.

Me incorporé de un golpe al oír que tocaban á mi puerta con gran prisa.

— Señora, señora... Señora Jecker... ¿Está usted lista?... ¿Puedo entrar?

Figurándome que quien me hablaba era mi dama de compañía, la vieja Madame Aguirreche, de procedencia vasco-francesa y que chapurra un español quizá peor que su francés, grité saltando de la cama en un periquete:

— Adelante, Rita, pase usted.

Dios mío, ¡qué bochorno! No era Rita quien me hablaba; era un viejecillo chiquitín, seco, avellanado, sin pelo de barba y con el sombrero de copa en la mano.

— Dámaso Hinard, secretario de cartas de S. M. la Emperatriz, me dijo moviendo la cabeza á toda prisa:

— ¡Dios mío! grité metiéndome tras de un biombo.

— Perdone usted, declamó el vejete, que me haya tomado la libertad de entrar: me figuraba á usted completamente lista, pues pensaba había quedado citada por el chambelán de servicio: S. M. convida á usted al almuerzo, que es á las doce en punto, y apenas hay tiempo de que usted se prepare... Por mí no se aflija usted; soy incombustible... Como aquel personaje de una comedia española,

Me quemó tanto el fuego allá en mis días,
Que hoy puedo desafiarlo sin temores.

El viejo de la corbata blanca, del gran levitón y de la cartera bajo el brazo salió dando sombreradas y haciendo

reverencias al retirarse andando para atrás. Era Dámaso Hinard un hispanófilo que conocía poetas y prosistas españoles como conocía el cartapacio en que guardaba las solicitudes para la Emperatriz: esta habilidad le granjeó el



nombromiento de Secretario de Su Majestad, y en ejercicio de tan alto ministerio se encargaba

de retirar pretendientes molestos, de rechazar regalos interesados, de contestar solicitudes extravagantes y de conceder ó negar audiencias; era la cabeza de turco sobre quien caían las maldiciones y las responsabilidades; pero él echaba todo á buena parte, recordando versos de *La Moza de cántaro*, descubriendo manuscritos procedentes de los terroristas españoles ó estudiando los apellidos peninsulares. Tras aquel rostro sin expresión, tras aquel atavío de notario de pueblo, debajo de aquellos pelillos blancos y ralos, había un hombre entusiasta y honrado, quizás

un maniático, pero un maniático sincero, justo y bueno.

Me vestí más que de prisa, ayudada de mi dueña, y salí al balcón para despejarme un poco. Estaba mi cuarto al lado del gran pabellón central, sobre el parque de dos mil metros de largo que Napoleón mandó plantar para recordarle á María Luisa las alamedas de Schoenbrun; un polvillo de oro, como polen que de lo alto cayera sobre los árboles, semejaba un halo de gloria; los dioses y las diosas de mármol estaban en sus zócalos inmóviles y serenos, como contemplando aquella apoteosis del día... Más lejos se extendían las emparradas y los jardines floridos, verdegueantes, coronados de un musgo tan suave que parecía terciopelo de un manto real; y más lejos aún, en la lejanía, el bosque negruzco é imponente que trepaba á toda prisa del lado de Pierrefonds...

Me hallaba en Compiègne desde el día anterior, y había ocurrido por invitación directa de la señora. También estaban allí Hidalgo, Gutiérrez, Aguilar y los demás mexicanos que deseaban la intervención de Francia en los negocios de nuestra tierra...

Cuando llegué al lado de la soberana, vi á su lado á muchísimas gentes que representaban lo más grande, lo más bello y lo más agudo que tienen Francia y el mundo entero. La Emperatriz me acogió con una sonrisa encantadora y me preguntó, en ese su español anglicanizado, por el estado de las cosas de México...

— Juárez (es un encanto oírla pronunciar *Juárez*, recalcando la erre, señalando la zeda y mojando la jota levemente), Juárez, dijo, tras de oír mi narración, va camino de los Estados Unidos, á refugiarse al lado de los negros, sus amigos. No tardará México en poseer un régimen sabio y paternal que os dé todas las garantías imaginables... Vais á ser muy dichosos, pues el Emperador os proporcionará cuanto deseáis. Ha aprobado clara y ostensiblemente la candidatura del Archiduque, y ya veréis cómo á la llegada de Maximiliano todo se pacifica y muda de aspecto... En cuanto á vos, me dijo acercándoseme, confiad en la justicia de vuestra causa; ved al Duque y él os dará las seguridades que necesitáis de que todo marchará bien y prósperamente... Ved al Duque...

Penetrada de gratitud me senté al lado de mis amigos los de México. Hidalgo decía no sé qué á un viejecito que estaba confuso, cortado y triste, al grado de no poder pasar gota de saliva.

— M. de Sacy, no os quepa duda ninguna, decía Hidalguete con suficiencia; México encierra tesoros inmensos en arqueología; podéis estar seguro de que encontraréis allí materia para muchos artículos de *Les Débats*.

— Las mesas, las mesas parlantes, acerquémonos á las mesas, dijo la Emperatriz... Ahora hay mucho que preguntarles... Vamos á influir á este velador, que es un mueble ideal porque no tiene ni un clavo de hierro...

En ese momento entró la princesa de Metternich, que recompensó mi saludo ceremonioso con un cordial apretón de mano.

— ¡Fuera los incrédulos! gritó; aquí sólo entran las personas formales.

La Emperatriz, que se parecía por las respuestas de las mesitas, escogió al marqués de Cadore, al príncipe de Metternich, á Hidalgo, á la princesa de Metternich, á la marquesa de Cadore y á mí para que procuráramos magnetizar al mueblecillo. Colocamos las manos conforme manda la regla, pero no había respuesta á las preguntas que dirigíamos. La Emperatriz se impacientó, figurándose que la culpable del silencio de la mesa era la marquesita de Cadore, que no cesaba de picotear y de reir, por no sé qué bobería que Hidalgo relataba. La marquesa y Pepe comprendieron que habían disgustado á S. M. y se enserraron dejando quietas las manos sobre el velador. Pero como si el diablo lo hiciera, á poco que las manos se sosegaron, empezó el mueble á dar saltitos y á moverse en todas direcciones.

— Ahora sí, dijo Hidalgo, la mesa está lista y sólo hay que interrogarla.

La Emperatriz, ya serena y satisfecha porque al fin la maga de madera respondía á nuestras instancias, exclamó con alborozo de chiquilla:

— Bien, bien; en honor de los mexicanos, nuestros



— Colocamos las manos conforme manda la regla...

huéspedes, le preguntaremos cosas relativas al destino de aquel país... Ya lo saben; si la mesa se inclina á la derecha, es señal afirmativa; si á la izquierda, seña negativa... ¿Quién pregunta?

— Pregunte V. M., dijo Hidalgo; el destino, si es que habla mediante la mesa, tendrá que rendirse ante la gracia de V. M. y no podrá darle una respuesta adversa... Los movimientos de la mesa son rehenes que la suerte nos entrega para asegurar el destino feliz de nuestra patria...

— Bien, repuso la Emperatriz, sin hacer caso de los floreos del ingenioso Hidalgo; yo preguntaré: — ¿Llegará á gobernar en México el emperador Maximiliano?

La mesa se inclinó á la derecha en señal de asentimiento.

— ¿Tendrá un reinado largo y dichoso?

La mesa, como atacada de convulsión repentina, se meneó hacia la izquierda, tan fuerte y repetidamente, que estuvo á punto de caer al suelo.

— ¿Cuántos años gobernará?

Tres golpes resonaron en el *parquet*, helando la sangre de todos.

— ¿Vencerá á Juárez?

Movimiento de denegación.

— ¿Juárez le vencerá?

La mesa se inclinó hacia la derecha para afirmar con tal fuerza, que lastimó á Hidalgo en una rodilla.

Todo el mundo guardaba silencio, como si hubiera sentido en el rostro el soplo del ala de lo desconocido; la Emperatriz se había quedado petrificada y la de Metternich miraba la mesa fatal como si en aquellas tablas pulidas y tersas estuviera la solución del problema del futuro. Hidalgo rompió el silencio y exclamó con tono de *esprit fort*:

— ¡Bah! ¿Quién se cree de mesitas ni de emblecos? Lo futuro sólo Dios lo conoce... Si esta gran obra fracasara, no habría que tener confianza en nada humano... Quizás se haya equivocado el velador, y queriendo decir sí, dijo no, y queriendo sonar treinta golpes sólo sonó tres... Tonterías...

— No les llaméis tonterías, interrumpió temblorosa la Emperatriz hablando en español; una mesa me anunció en Argel la muerte de mi hermana de Alba, y otra mesa me ha comunicado cosas terribles y que quizás os revele algún día...

Pepe no tuvo tiempo de responder, pues cuando ponía la cara más dulce para decir alguna gansada cortesana, la Emperatriz exclamó:

— ¡El Emperador!...

Era en efecto Napoleón III, que regresaba de visitar unas ruinas romanas, un viejo campamento de César, que acababa de aderezar para la real visita M. Viollet-le-Duc, buen arqueólogo, gran arquitecto y maravilloso contador de historias *gauloises*. Besó el Emperador á la Empera-

triz, repartió apretones de manos á los presentes, dió el brazo á la Señora y en seguida nos encaminamos al comedor.

Apenas había transcurrido el almuerzo cuando torné á mi cuarto á mirar el mismo divino paisaje que acababa de contemplar, y luego que llegó mi dueña me vestí á toda prisa para la tertulia de la noche.

Cuando entré á los salones, ya estaban repletos de uniformes bordados y de espaldas desnudas. Se bailaba al son del famoso piano mecánico, é Hidalgo, que me había conducido desde mi estancia, empezó á danzar en mi compañía un delicado vals de Strauss que tartamudeaba el organillo. Todo habría marchado bien si el *Chevalier* no me hubiera destrozado la falda en una vuelta rápida que ensayó.

Tras la danza se me acercó la princesa de Metternich, que parecía distinguirme con su afecto. Era mujer superior, que sabía y hablaba de muchísimas materias con un tacto y una ciencia mundana que encantaban.

— Vais á ver al Archiduque, me dijo; hacéis bien, es un hombre culto y simpático que no dejará de agradaros... Tiene una gran imaginación, un talento muy claro, y como buen germano, ama el ensueño... Procurará haceros felices y quizás lo logre... si le dejan. La Archiduesa es mujer bella y osada; tiene un gran corazón y ama mucho á su marido, por lo cual desea que ocupe el

lugar que le corresponde en el mundo... Mujer superior es, sin duda alguna...

El buen viejo Gutiérrez y el licenciado Aguilar, que nada sabían de los agüeros de la mañana, é Hidalgo, en cuya cabeza de chorlito no podía entrar nada que no tuviera relación con los *gaudeamus* y las fiestas, se nos unieron á poco y estuvieron departiendo un buen rato con nosotros.

— Encantados, señora, me susurró al oído el buen Gutiérrez... nos ha tratado con una franqueza y una amabilidad que no sabemos cómo agradecerle.

— Con estos grandes me enterrarán, exclamó Aguilar citando á Cervantes, y no con los hidalgos de mi tierra...

— Figure usted que S. M. nos mandó llamar con su chambelán para charlar con nosotros cordialmente, francamente, como amigos, si vale tamaña expresión. El Emperador estaba al lado de la chimenea, en que ardía un enorme fuego.

— ¿Fumáis? nos dijo.

— Sí, Sire, respondió don Ignacio.

El Emperador escogió dos grandes puros de los muchos que estaban en una copa de cristal, él y Aguilar encendieron los tabacos, los tres nos sentamos en los sillones que nos señalaron al lado de la chimenea, y allí nos tiene usted charlando como buenos amigos y echando humo por boca y narices, pues yo al fin me había decidido por

un pitillo de excelente procedencia para no singularizarme en la compañía.

— La expedición de México avanza, nos dijo S. M. en



tono indolente; pero el partido clerical, mi querido Gutiérrez, me hace una guerra sorda y sin cuartel.

— Quizás, Sire, repuse, no sea el partido conservador quien os hostilice, sino el partido demagogo, que desea indisponeros con nosotros.

— Quizás, dijo S. M. al cabo de un momento; pero

tened entendido que, sean cuales fueren los obstáculos, nada me hará abandonar el pensamiento más grandioso de mi reinado... Ya lo comprendéis; yo no puedo consentir que el pabellón francés ampare una reacción ciega y brutal. Los bienes nacionalizados han sido y son allá la manzana de la discordia; pues bien, no deben volver á manos del clero para que los gaste en fines profanos.

Callados nos quedamos sin saber qué replicar ni cómo replicar, cuando Napoleón nos sacó de nuestra perplejidad.

— Pero en fin, mi querido Gutiérrez, no hemos de ser vos ni yo quienes arreglemos estas cosas; pronto irá el archiduque Maximiliano, y él, como Jefe de su imperio, verá lo que más convenga. Luego, dirigiéndose al licenciado Aguilar, le dijo lisonjero: «Permitidme que os felicite, licenciado, por el dictamen que habéis presentado á la Asamblea de Notables de vuestro país... Es un documento que haría honor á un estadista europeo...» A un estadista europeo, ¿oye usted? ¿Y quién dice ese piropo? Nada menos que el mayor estadista del mundo, el gobernante egregio y abnegado que no pudo ver sereno y sin conmoverse los males de nuestra desgraciada México. ¡Bendito sea él! Después de hablarnos del dictamen, Su Majestad quedó absorto en sus pensamientos, que no le dan punto de reposo. ¿Qué noble ensueño persigue? ¿Qué gran idea acaricia? ¿A qué poderoso trata de destruir? ¿A qué